

Para una tierra de hermanos

«El año pasado, el terremoto, el huracán y luego el cólera, hicieron estragos en Haití. Por todo el mundo se levantó una enorme ola de apoyo y simpatía. Todos quisiéramos sentirnos cercanos a este pueblo afectado por tantas adversidades».(Hermano Alois en Rotterdam, 29/12/2010)

Karl (Haití) vino a pasar varios meses en Taizé hace cinco años. Nos transmite este mensaje un año después del terremoto del 12 de enero de 2010:

Mientras nos preparamos para recordar a nuestros hermanos y hermanas víctimas de esta tragedia, queremos volver a reiterar nuestra infinita confianza en esta luz que guía los pasos de los jóvenes, procedentes de los cinco continentes, de peregrinaje en la pequeña colina de Taizé.

Os invito una vez más a rezar por todos los que, en ese día de gran tristeza, no escondieron su impulso de solidaridad y generosidad viniendo a asistir a pobres inocentes, esos niños huérfanos que lloraban, enterraban a sus parientes y quitaban escombros de sus casas con sus débiles dedos.

Oremos asimismo por nuestros hermanos y hermanas víctimas del cólera. Sus casas fueron destruidas durante el seísmo. Sus campamentos fueron devastados por los ciclones. No tenían hospitales, ni agua para saciarse.

Hoy, un año después, siguen languideciendo en los campamentos en medio de una gran miseria, esperando una respuesta urgente, un mañana mejor.

Oremos finalmente para que la reconstrucción de Haití comience con la hermandad, el verdadero amor y un rápido desescombros de los corazones de todos aquellos que frenan el proceso.

«Tras el encuentro latinoamericano en Chile, pasé dos días en Haití. Algunos de nosotros ya estuvimos allí hace mucho tiempo con el Hermano Roger y, desde entonces, los lazos con este país se han reforzado cada vez más. Veinticinco jóvenes haitianos participaron en el encuentro de Santiago». (Hermano Alois en Rotterdam, 29/12/2010)

Iliana (Haití)

Tenía por costumbre escuchar los cantos de Taizé y había oído hablar de las oraciones y de los encuentros, pero vivir esta experiencia en Santiago ha sido para mí algo extraordinario. Lo que más me ha impresionado, ha sido la acogida y la comunión en el transcurso de este encuentro. A pesar de la diferencia de pueblos, culturas y tradiciones, reinaba un espíritu de confianza y el deseo de compartir.

Las oraciones comunes, tan profundas y conmovedoras, han reavivado mi fe y me han dado ánimos. Ahora sigo teniendo esperanza, intentando vivir como hija de Dios en medio de todas estas vicisitudes por las que pasamos. Actualmente puedo dar testimonio en mi comunidad, en mi país, de que he encontrado a Dios y de que comparto su alegría. Digo a mis amigos que pueden confiar, pues Dios se mantiene fiel. También les digo que tenemos miles de hermanos que rezan con nosotros y que cuentan con nuestra humilde oración.

Exantus (Haití)

El encuentro de Santiago sobre el tema «Para una tierra de hermanos» fue un momento inolvidable compartido con los jóvenes latinos y de otros continentes.

Si digo que fue inolvidable es porque vivimos en un país afligido desde hace años por una crisis, un país que se enfrenta a numerosos problemas. Sin embargo, al compartir con los demás, hemos podido comprobar que no somos los únicos. Por todos lados hay desafíos a los que los jóvenes de mi generación deben enfrentarse y superar. Hay que decir también que la acogida recibida en las parroquias y en las familias de Chile es prueba de que vamos por el buen camino – y vengo de un país caracterizado por su sentido de la acogida, resultado de nuestra historia con otros pueblos.

Hemos vuelto a casa con el corazón alegre tras haber participado en un encuentro lleno de espiritualidad, intercambio y solidaridad. Estamos determinados a colaborar de forma más concreta con algunos jóvenes de la República Dominicana que desean unirse a nosotros para trabajar por la felicidad y la prosperidad de una isla más armoniosa. En Chile tuvimos la oportunidad de conversar de forma muy amistosa con ellos.

«En Santiago de Chile la alegría ha marcado nuestro segundo encuentro latinoamericano. Para muchos jóvenes de Latinoamérica la fe en Dios está vinculada a la alegría de vivir, la alegría de la amistad, la alegría de reunirse con los demás. No se trata de una alegría fácil, de una huida lejos de las dificultades y de los sufrimientos». (Hermano Alois en Rotterdam, 28/12/2010)

Amélia (Argentina)

La peregrinación de confianza fue una experiencia de gracia y comunión vivida en Cristo. En Chile nos recibieron con los brazos abiertos y con el corazón dispuesto a que Dios obrase conforme a su voluntad tanto en los peregrinos como en los que nos acogieron. Fue una experiencia de fraternidad vivida en la paz de una comunión que trasciende todo tiempo y lugar, en el cual todos compartimos la alegría de ser Hijos de Dios y por lo tanto hermanos hoy y siempre.

Lo que más maravilló mi corazón fue el aire de Esperanza que pude respirar, todos y cada uno de nosotros, pequeños peregrinos cargados de heridas, sufrimientos, alegrías que nos uníamos en la esperanza de un mundo mejor, lleno de paz y amor, un mundo en el cual todos somos hombres viviendo en el amor de Cristo, descubriendo en esto nuestra auténtica vocación.

Por medio de esta peregrinación el Señor también nos abrió las puertas entre hermanos que compartimos tierras cercanas, puertas que fortalecieron lazos de amistad y comunión, y que nos permitieron unirnos aún más en la oración; oración que da frutos más allá de las distancias y que es tan eficaz que puede hacer visible lo invisible en cada uno de nosotros haciéndonos partícipes de de Cristo.

Francisco (Chile)

Vivir la Peregrinación de Confianza en Santiago fue una experiencia realmente fascinante y nueva. Me tocó ayudar en la distribución de las comidas durante esos días. Una de las cosas más enriquecedoras fue el «encuentro» con gente venida de otros países. Fue muy bonito compartir la vida con personas con distintos idiomas, rasgos, costumbres y culturas.

Lo que más me impresionó fue la sencillez en todo, sobre todo en los momentos de la oración. Ese era un espacio donde el corazón ardía. Verme rodeado de distintas personas, cantando en varios idiomas, todos con un mismo objetivo: encontrarse con Dios. Nunca en mi vida había sentido una «presencia» de Dios tan fuerte. Jamás olvidaré esos momentos. Fue realmente increíble descubrir como Dios se manifiesta vivamente en la riqueza de la diversidad.

Durante el encuentro, participé en varias reuniones. La primera tenía por título «La esperanza y las crisis humanitaria en Haití». Fue impresionante oír el testimonio de jóvenes haitianos, y descubrir la fuerza y la confianza con las que han vivido las enormes dificultades que atraviesa este país con un tejido social desgarrado. Otra de las reuniones fue para mí una fuente de inspiración: el encuentro con hermanas que viven desde hace varios decenios una «aventura con Jesús» entre los pobres de los barrios más desfavorecidos de Santiago. Estos testimonios de vida son sin lugar a duda signos de esperanza que nos animan a ir más allá de nuestras fronteras. Los días del encuentro en Santiago me permitieron renovar mi fe desde la simplicidad de la vida y darme cuenta, una vez más, que las diferencias, en vez de separarnos, son canales que nos permiten trabajar unidos por una tierra de hermanos.

Almudena (Francia)

Al aceptar participar en la preparación del encuentro de Taizé en Santiago, acepté dejarme guiar por el Señor, sin saber de qué estarían hechos estos cinco meses. Preparar el encuentro fue un tiempo de gracia, caminando con el Señor, ¡tanto en el sentido figurado como literal! Efectivamente, peregrinamos mucho por las diferentes partes de la diócesis.

Fueron cinco meses de visitas a parroquias, de trabajo con personas a las que hemos ido conociendo progresivamente. Cinco meses descubriendo una Iglesia chilena activa, cinco meses «dependiendo» también de distintos grupos de preparación. Cinco meses que no siempre fueron fáciles, por el cansancio o cuando los frutos de la preparación apenas se veían...

Fueron asimismo cinco meses repletos de visitas a colegios, universidades y movimientos de la Iglesia para invitar a vivir la experiencia de este encuentro. Una invitación a veces poco comprendida al salirse estos encuentros de los esquemas habituales: un encuentro no para adherirse a un movimiento, sino sencillamente para rezar juntos; no para ser visto y proclamarse los mejores, sino para vivir y compartir la alegría de ser cristianos; no para permanecer juntos, sino para volver a la fuente y regresar a nuestras vidas diarias como luz de esperanza.